



esta época Alcuino fué el confidente, el consejero, el doctor, y por decirlo así, el primer ministro intelectual de Carlo-Magno. En tres cosas principalmente se ocupó: 1.º en corregir y restaurar los manuscritos de la antigua literatura; 2.º en reformar las escuelas y excitar al estudio, y 3.º en enseñar él mismo.

Desde el siglo VI al VIII, con las guerras y revoluciones políticas, los manuscritos sagrados y profanos habían caído en manos de poseedores ó copistas tan ignorantes, que los textos eran muy á menudo desconocidos. La reparación de este mal, la restitucion de los manuscritos, sobre todo de la gramática y de la ortografía, fué uno de los primeros trabajos de Alcuino; trabajo en el que se ocupó toda su vida, recomendó constantemente á sus discípulos y en el que Carlo-Magno le prestó el socorro de su autoridad... Se lee en las capitulares una ordenanza concebida en estos términos: «Cárlas, con la ayuda de Dios, rey de los francos y de los lombardos, patricio romano, á los religiosos lectores sometidos á nuestro dominio... Sabiendo que el estado de nuestras iglesias se mejora cada dia, y queriendo realzar por un asiduo cuidado la cultura de las letras que casi enteramente habia perecido por la inercia de nuestros antecesores, excitamos, con nuestro ejemplo, al estudio de las artes liberales á todos aquellos á quienes podamos atraer. Así, con el auxilio constante de Dios, hemos corregido ya los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, adulterados por la ignorancia de los copistas... No podemos sufrir que, en las lecturas divinas en medio de los oficios sagrados, se deslicen solecismos discordantes, y hemos resuelto reformar dichas lecturas. Hemos encargado de este trabajo al diácono Pablo, nuestro cliente familiar; le hemos mandado recorra con cuidado los escritos de los Padres católicos; escoja algunas flores en estas fértiles praderas y forme, por decirlo así, con las más útiles una sola guirnalda. Diligente en obedecer á vuestra alteza, ha vuelto á leer los tratados y discursos de los diversos padres católicos; y escogiendo los mejores, nos ha ofrecido, en dos volúmenes, lecturas puras, adaptadas convenientemente á cada fiesta, y

que son suficientes para todo el año. Con nuestra sagacidad hemos examinado el texto de estos volúmenes, los decretamos con nuestra autoridad y les trasmitimos á vuestra religion para que se lean en las iglesias de Cristo (1).

Miéntas que hacia así recoger y corregir los textos destinados á las lecturas religiosas, Alcuino mismo trabajaba en una revision completa de los libros sagrados, terminándola hacia el año 801 en la abadia de San Martín de Tours, y enviándosela á Carlo-Magno. «Mucho tiempo he buscado, le dice, qué presente podria ofreceros que no fuese indigno del brillo de vuestro poder imperial, y que aumentara algo vuestro opulento tesoro. No quiero que, miéntas otros os remiten toda clase de riquezas y regalos, mi corto talento permanezca en vergonzosa ociosidad, ni que el mensajero de mi humildad se presente con las manos vacías ante vuestra beatitud. Al fin he hallado, con la inspiracion del Espiritu Santo, lo que á mi nombre conviene ofreceros y lo que puede ser agradable á vuestra sabiduría... Nada más digno de vos que los libros divinos que envío á vuestra ilustrísima autoridad, reunidos bajo un solo cuerpo y cuidadosamente corregidos. Si la abnegacion de mi corazon hubiera podido encontrar algo mejor, os lo hubiera ofrecido con el mismo celo por el aumento de vuestra gloriosa fortuna (2).» Este presente, á lo que parece, excita la emulacion de Carlo-Magno, porque se lee en Thegan, cronista contemporáneo, que el año ántes de su muerte corrigió cuidadosamente, con los griegos y siriacos, los cuatro Evangelios de Jesucristo.

Con tales ejemplos, con el apoyo de tales órdenes, no podian dejar de ser eficaces: así el ardor por la reproduccion de los antiguos manuscritos se hizo general; tan pronto como Alcuino ó alguno de sus discípulos hacian una revision exacta de alguna obra, se enviaban copias á todas las iglesias y abadias, y allí se hacian nuevas copias para ser de nuevo revisadas y propagadas. El arte de copiar se convirtió en una fuente de fortuna y aun de glo-

(1) Baluz, t. I, p. 203.

(2) Alc. Epíst. 103, t. I, p. 153.



ria, se hacian célebres los monasterios donde se hacian más bellas y más exactas copias, y en cada monasterio el monje que sobresalia en copiar. La abadia de Fontenelle, en particular, y dos de sus monjes, Ovón y Hardoino, adquirieron en este asunto verdadera fama. En Reims, en Corbia, tratan de igualarles; en vez del carácter adulterado de que hacia dos siglos se servian, se usa el pequeño carácter romano. De este modo las bibliotecas monásticas aumentaron bien pronto considerablemente; gran número de manuscritos datan de esta fecha, y aunque el celo mayor fué por la literatura sagrada, sin embargo, no se descuidó la literatura profana. Alcuino mismo, si hemos de creer á ciertos testimonios, revisó y copió las comedias de Terencio.

Al mismo tiempo que restauraba los manuscritos, trabajaba con ardor en el restablecimiento de las escuelas decaídas. Áun de esto tenemos una ordenanza de Carlo-Magno, que nos da á conocer las medidas tomadas sobre este particular, y que sin duda se las sugirió Alcuino. «Cárlas, etc... á Baugult, abad, y á toda su comunidad, salud. Sepa vuestra devocion, grata á Dios, que de comun acuerdo con nuestros fieles, hemos creído útil que en los obispos y monasterios confiados por el favor de Cristo á nuestro gobierno, se tenga cuidado, no sólo de vivir regularmente y segun nuestra santa religion, sino tambien de instruir en la ciencia de las letras, y segun la capacidad de cada uno, á los que puedan aprender con la ayuda de Dios; porque, aunque sea mejor hacer el bien que saber, es necesario saber ántes que obrar. Además, muchos monasterios, habiéndonos dirigido en estos últimos años escritos en los que nos anuncian que los hermanos ruegan por nos en las santas ceremonias y piadosas oraciones, hemos notado que en la mayor parte de estos escritos los sentimientos son buenos, pero las palabras son groseras é incultas: pues lo que una piadosa devocion inspira de bueno interiormente, no puede expresarlo sin faltas una lengua poco práctica y sin instruccion. Desde entónces temimos que, así como era poca la habilidad en escribir, seria tambien menor la inteligencia de las Santas Escrituras. Os

exhortamos, pues, no sólo á no abandonar el estudio de las letras, sino tambien á trabajar con un corazon humilde y grato á Dios, para penetrar fácilmente y con seguridad los misterios de las Santas Escrituras; y siendo cierto que hay en las Sagradas Escrituras alegorías, figuras y otras cosas semejantes, las comprenderá con más facilidad y en su verdadero sentido espiritual aquel que esté bien instruido en la ciencia de las letras. Que se escojan, pues, para esta obra hombres que tengan voluntad y posibilidad de aprender y de instruir á los otros. No dejes, si quereis obtener nuestro favor, de remitir un ejemplar de esta carta á todos los obispos sufragáneos y monasterios (1).»

Esta ordenacion de Carlo-Magno no fué un vano mandato, pues tuvo por resultado el restablecimiento de los estudios en las ciudades episcopales y en los grandes monasterios. De esta época datan la mayor parte de las escuelas que adquirieron gran renombre, y de donde salieron los hombres más distinguidos del siguiente siglo, como, por ejemplo, las de Ferrieres en Gatinais, Fulda en la diócesis de Maguncia, Reichenau en la de Constanza, Aniano en Languedoc, de Fontenelle ó Saint-Vandrielle en Normandia; y los hombres que las honraron fueron casi todos discípulos de Alcuino, porque aparte de sus cuidados para restablecer las escuelas, enseñaba por sí mismo con gran brillo. No era un monasterio ó establecimiento público el sitio donde enseñaba Carlo-Magno; desde 782 á 796 que permaneció en la córte de Carlo-Magno, estuvo al frente de una escuela interna, llamada escuela de palacio, que seguia á Carlo-Magno á cualquiera sitio que se trasladara y á la que asistian los que le acompañaban. Allí tuvo Alcuino por oyentes, entre otros muchos, á tres hijos de Carlo-Magno: Cárlas, nombrado rey de Francia y de Borgoña; Pipino, rey de Italia y vencedor de los hunos, y á Luis, rey de Aquitania y despues emperador; á Adalardo y su hermana Gondrada, nietos de Cárlas Martel; á Angilberto y Eginardo, yernos y consejeros de Carlo-Magno; á Rictruda, religiosa en Chelles; Riculfo, arzobispo de Ma-

(1) Baluz, t. I, p. 210.





guncia; Rigbod, arzobispo de Tréveris; á las dos Giselas, hermana é hija de Carlo-Magno, y sobre todo al mismo Carlo-Magno.

Este príncipe estudió la gramática con el diácono Pedro de Pisa, y con Alcuino la retórica, dialéctica, astronomía y teología; hablaba el latín con tanta perfección como el tudesco, que era su lengua nativa; el griego le entendía, pero no le hablaba; conocía también algo el siríaco, pues en sus últimos años confrontó la versión latina de los Evangelios con la siríaca y el original griego. Escribió ciertas canciones bárbaras y muy antiguas, que contenían en tudesco la historia de los reyes antiguos, con sus acciones y sus guerras. Estas son las palabras de Eginardo, su secretario y biógrafo, que continúa: «Se ensayó también en escribir, llevando consigo, para aprovechar los momentos de ocio, tablillas para habitar su mano á formar letras, pero casi no lo consigue, por haberse dedicado demasiado tarde.» De estas palabras han sacado algunos, con precipitación, que Carlo-Magno ni aún sabía escribir su nombre, cuya conclusión carece de reflexión. Eginardo no dice que no logró nada en su empresa, sino solamente que no logró casi; luego consiguió algo; y además: ¿en qué modo de escribir? Pudo ser en escribir correctamente, ó escribir el pequeño carácter romano, que entonces se volvió á usar, ó bien, como la palabra latina lo indica, *effigendis*, á dibujar hermosas mayúsculas (1). Por lo demás, aún se ve en la biblioteca imperial de Viena un manuscrito que contiene un comentario sobre la epístola á los romanos, bajo el nombre de Orígenes, corregido por el propio puño de Carlo-Magno; porque tenía gran placer en la lectura de los Santos Padres, especialmente de San Agustín, y sobre todo su *Ciudad de Dios* (2).

Carlo-Magno y sus compañeros en la ciencia, de tal modo se aficionaron al estudio de las letras divinas y humanas, que, en su correspondencia familiar, toman nombres litera-

(1) Dom. Bouquet, t. 5., p. 99 y 100.

(2) Ceiller, t. 18, p. 378. *Lambecius Biblioth.*, vñdol. 1. 8, p. 645.

rios de la antigüedad; se llaman entre sí Carlo-Magno David, Alcuino Flaccus, Adalardo Agustín, Angilberto Homero, Riculfo Dametas, Gondrada Eulalia, etc. Un día, en el ardor de su celo por igualar la ciencia de los antiguos padres, Carlo-Magno exclamaba: «¡Ah, si yo tuviera doce clérigos tan sabios é instruidos como Jerónimo y Agustín!» «Si el Criador del cielo y de la tierra, le respondió Alcuino, no tuvo más que dos hombres de este mérito, ¿cómo vos quereis tener una docena? Á falta de Agustín y Jerónimo, el mismo Alcuino debió satisfacer el ansia intelectual de su imperial discípulo; de doscientas treinta y dos cartas que tenemos de él, treinta son dirigidas á Carlo-Magno, de las que seis son sobre astronomía y cronología, curso del sol y fases del año, ciclo lunar y constelaciones; otra sobre ortografía y aritmética, otra respondiendo á cuestiones de Carlo-Magno sobre la diferencia entre eterno y sempiterno, perpétuo é inmortal, siglo, edad y tiempo; otra respondiendo á cuestiones propuestas por Carlo-Magno sobre pasajes del Evangelio; otra contestando á Carlo-Magno, que le pregunta por qué no se encuentra en ningún Evangelio el himno que Jesucristo cantó después de la Cena; otra contestando á la pregunta que le hace, á nombre de sabio griego, á quién ha sido remitido el precio de la redención del hombre; otra sobre la transfiguración de Jesucristo; dos en las que explica el origen de las palabras septuagésima y sexagésima; dos sobre la herejía de Félix, obispo de Urgel; dos felicitándole por sus victorias contra los hunos, recomendándole la clemencia y dándole consejos sobre la manera cómo ha de proceder á su conversión, y otra donde le da consejos bajo el título de *Capitulares*, sobre los testamentos, sucesiones y otros muchos sujetos.

Con el tiempo, una laxitud profunda se apodera de Alcuino, solicita con instancia el retirarse de la corte é ir á vivir en el retiro; en 796 escribía á un arzobispo cuyo nombre es desconocido: «Vuestra paternidad lo sabe: yo, vuestro hijo, deseo ardientemente abandonar la carga de los negocios del siglo y no servir más que á Dios. Todo hombre necesita prepa-



rarse para salir al encuentro de Dios, con mayor razón los ancianos gastados por los años y enfermedades.» Y á su amigo Angilberto: «Á tu partida traté muchas veces de refugiarme en el puesto del reposo, pero el Rey de todas las cosas, el Señor de las almas, no me ha concedido aún lo que por largo tiempo me ha hecho desear» (1). Carlo-Magno consiente, al fin, en dejarle marchar, y en 796, á lo que parece, le da por retiro la abadía de San Martín de Tours, una de las más ricas del reino.

Alcuino se apresura á tomar posesión; el retiro era magnífico; había en los dominios de las abadías quien poseía más de veinte mil colonos ó siervos, y la correspondencia que mantenía con Carlo-Magno animaba su vida sin abrumarle. No permanece ocioso en esta situación: restablece la regla y el orden en el monasterio, enriquece la biblioteca con manuscritos copiados en York, y da á la escuela, por su propia enseñanza, un brillo que nunca había tenido. En esta época fué cuando se formaron con sus lecciones muchos de los hombres más distinguidos del siglo siguiente, entre otros Raban Maur, que fué arzobispo de Maguncia, y Amalario, sabio sacerdote de Metz. En estos términos da cuenta á Carlo-Magno de lo que ha hecho por la prosperidad de la escuela de Tours: Yo, vuestro Flaccus, según vuestra orden y sabia voluntad, me dediqué, bajo el techo de San Martín, á servir á unos la miel de las Santas Escrituras, traté de embriagar á otros con el vino añejo de los estudios antiguos, nutrí á aquellos con los frutos de la ciencia gramatical, ó intenté hacer brillar á los ojos de estos otros el orden de los astros... Pero me faltan, en parte, los libros más excelentes de la erudición escolástica que me había procurado en mi patria, ya por los sacrificios de mi maestro, ya con mis propios sudores. Pido, pues, á vuestra excelencia me permita enviar algunos de nuestros servidores para que traigan á Francia las flores de la Bretaña... En la mañana de mi vida sembré en la Bretaña los gérmenes de la ciencia, ahora por la tarde, y aunque mi sangre se haya resfriado, no ceso

(1) Alcuino, epíst. 168 y 21.

de sembrarla en Francia, y espero que, con la gracia de Dios, prosperarán en ambos países (1).

Carlo-Magno intenta muchas veces llamar á Alcuino junto á sí, y quiso que, entre otros, le acompañase á Roma cuando fué en 800 á exaltar el imperio de Occidente. «Es una vergüenza, le escribe, el preferir los ahumados techos de las gentes de Tours á los palacios dorados de los romanos.» Pero Alcuino le contesta: «No creo que mi cuerpo, frágil y quebrantado por los continuos dolores, pueda soportar ese viaje. Lo hubiese deseado si lo hubiera podido... ¡Cómo obligarme á combatir de nuevo y sudar bajo el peso de las armas, yo, á quien las enfermedades me dejan apenas sostener en pié?... Os suplico dejeis terminar mi carrera junto á San Martín. ¡Toda la energía y dignidad de mi cuerpo se ha desvanecido, huye de día en día y no la volveré á encontrar en este mundo. Había deseado y esperado en estos últimos tiempos ver aún una vez á vuestra beatitud, pero el progreso deplorable de mis enfermedades me prueba que tengo que renunciar á ello. Suplico, pues, á vuestra inagotable bondad, que vuestro espíritu tan santo y vuestra voluntad tan benévola no se irriten contra mi debilidad; permitid, con una compasión piadosa, que descanse un hombre fatigado, que suplique por vos en sus oraciones, y que se prepare con la confesión y las lágrimas para presentarse ante el Juez eterno, á fin de que, por la misericordia de Jesucristo, pueda escapar de las asechanzas del enemigo, y hallar entre los santos un campeón que me defienda! ¡Oh! ¡cuán terrible es, en efecto, ese día y qué necesidad hay de prepararse bien» (2).

En 801, con permiso de Carlo-Magno, dejó sus abadías en favor de sus discípulos. Colocó en la de Ferrieras á Sigulfo, en la de San Martín y la de Cormeri á Fridoguiso, en la de San Josse-sur-Mer á Wasembaldo. Después de estas disposiciones no piensa más que en prepararse para la muerte; para acordarse del porvenir iba diariamente hácia el fin de su vida á recitar

(1) Alc., epíst. 38.

(2) Ibid., epíst. 81, 93, 104, 106.





las ví peras al lugar que había escogido para su sepultura, junto á la iglesia de San Martín. Allí, en presencia de la tumba que se había preparado este sabio, no estudia más que el arte de bien morir y la nada de las cosas de la tierra; al mismo tiempo, para excitar en su corazón el deseo de los bienes celestiales, canta la antifona que la Iglesia entona aun hoy ántes de Noche-Buena: *O clavis David*. ¡Oh llave de David, cetro de la casa de Israel, que abris sin que nadie pueda cerrar, que cerrais sin que nadie pueda abrir, librad de la prision á un cautivo sentado en el sepulcro á la sombra de la muerte! y añade á esta antifona muchos versículos de los salmos propios, para expresar el ansia que tenía de unirse á Dios. Así es como este santo abad iba diariamente á aprender sobre su tumba á morir cristianamente. Unia las maceraciones á las súplicas, y á pesar de su avanzada edad y de sus enfermedades, ayunaba todos los días ménos los domingos y fiestas. Para acabar de purgar sus faltas, redobla sus austeridades en la cuaresma del año 804, que fué el último de su vida. Cae enfermo la víspera de la Ascension, y pierde el uso de la palabra; pero tres días ántes de su muerte la recobra y canta con alegría la antifona *O clavis David*, muriendo el 13 de Mayo, día de Pentecostés del 804. Además de muchos comentarios sobre la Escritura santa, algunos opúsculos de teología y de piedad, algunas vidas de santos, se tienen de él diversos tratados sobre las artes liberales, tales como la gramática, retórica, dialéctica; en fin, doscientas ochenta piezas en verso sobre toda clase de sujetos, la mayor parte sobre circunstancias del momento. La principal es un poema sobre los obispos y los santos de la iglesia de York. La pureza de sus costumbres y su celo por la defensa de la religion católica, le merecieron desde su muerte el título de santo, segun vemos en Flodoardo, autor de su vida, en la crónica de San Martín de Tours, y por Raban, arzobispo de Maguncia, su discípulo, que le ha colocado en el martirologio (1); sin embargo, la Iglesia no le tributa culto.

El cardenal Mai ha publicado un opúsculo

(1) Act. Bened., sec. 4, parte 1.

de Alcuino que no se conocía; pero que, no obstante, era anunciado por algunos antiguos: es una explicacion del Apocalipsis en cinco libros; este Apocalipsis ó profecía de San Juan, le aplica Alcuino en general á Jesucristo y á su Iglesia; pero no da un desenvolvimiento histórico para presentar el cumplimiento á través de los primeros siglos, sobre el pueblo judío, sobre el imperio romano y la misma Iglesia.

Su fin principal parece que es el hacer aplicaciones morales y místicas al alma cristiana, en lo que no hemos encontrado nada de notable (1).

La muerte de Alcuino no disminuye el celo de Carlo-Magno por la cultura y estímulo de las letras, pues un diploma de 804 nos dice que en el nuevo obispado de Oznabruck fundó una escuela de letras griegas y latinas, á fin de que haya siempre en esta iglesia clérigos versados en ambas lenguas. Este mismo año dió á á esta iglesia considerables bosques, con la sola carga de que, cuando el emperador de romanos ó el rey de los griegos quieran casar juntos algunos de sus hijos, el obispo de Oznabruck emprenderá la embajada á costa del rey ó del emperador (2).

Muchos discípulos de Alcuino se cuentan en el número de los santos, entre otros San Adalardo ó Adelardo, nieto de Carlos Martel, hijo de Bernardo, sobrino de Pipino y primo de Carlo-Magno. Nació en 753, y fué educado en la corte con los otros príncipes. Eginardo en 771 le colocó entre los condes y grandes que componian la corte de Carloman, rey de Austrasia; á la edad de veinte años retirase al monasterio de Corbia, en Francia, profesando al año de noviciado y dándole el cuidado del jardín; pero no pudiendo sufrir las visitas de sus parientes, las alabanzas que recibia y los negocios del mundo de que le hablaban, huyó á Italia, refugiándose en Monte Casino, que era mirado como la fuente de la vida religiosa, en donde estrechó amistad con el diácono Pablo; pero permaneció poco tiempo, pues bien pronto Carlo-Magno le mandó á pedir.

(1) Mai., *Scriptorum veterum*, t. IX, p. 257-333.

(2) Baluz., t. I, p. 417.



Al poco tiempo de su vuelta á Corbia fué elegido, con el asentimiento del abad, para ser su sucesor; despues le envia Carlo-Magno á Italia para ser consejero del jóven Pipino, su hijo, que fué coronado rey de los lombardos en 781. De tal suerte se conduce Adelardo, que se decia que era un ángel bajado del cielo: inaccesible á los regalos, era el terror de los grandes y el consuelo de los pobres; reprime la tiranía de los poderosos, restablece la justicia, y contiene á cada cual en los límites de sus funciones; gana de tal modo la confianza del papa Leon III, que este papa le dice riendo: Sabed que, si no os encontráramos, como creo, jamas me fiaria de ningun franco. Las ciudades de Benevento y Espoleto, haciéndose una guerra cruel, va á Benevento, y establece entre ellas una paz sólida, de suerte que su renombre se extendió hasta los griegos y los habitantes de las islas. Entre sus amigos de letras se le da ya el nombre de Agustín, ya el de Antonio; le llamaban Agustín por su elocuencia y por la afecion por las obras de este santo; Antonio, porque, como este santo, se dedica á imitar las virtudes de los demas y reunir las todas en sí (1).

Angilberto, su discípulo, llamado por sobrenombre Homero, era hijo de un gran señor de la corte de Pipino. Fué educado en el palacio de Carlo-Magno, que le hizo silenciario ó secretario de su gabinete. Aunque de edad avanzada, fué instruido por Alcuino, que á menudo le llamaba su hijo. Como era bien formado, lleno de imaginacion, sabio y arreglado en sus costumbres, tuvo gran parte en la confianza de Carlo-Magno; despues le hizo ministro de su hijo Pipino, rey de Italia, y le hizo casar secretamente con su hija Berta, con quien tuvo á Harnid y al historiador Nitard, dándole el gobierno de la frontera marítima de Francia. Habiendo caído gravemente enfermo, hizo voto, si recobraba la salud, de abrazar la vida monástica en la abadía de San Riquier. Lo cumple con el consentimiento de su esposa, que tambien hace voto de perpétua continencia. Despues de la muerte del abad Sinforiano, fué

puesto en su lugar con el asentimiento de todos los religiosos. Carlo-Magno le saca con frecuencia del claustro para que le aconseje; le hizo secretario de Estado y maestro de su capilla, enviándole á Roma tres veces en calidad de embajador (1).

Otro personaje, amado tambien de Carlo-Magno, fué Eginardo ó Einardo, de Austrasia ó de la Francia oriental. Carlo-Magno le tomó muy jóven á su servicio, le educó con sus hijos en la escuela de su palacio y de la que Alcuino era su jefe, y cuando llegó á la edad viril le hizo, no sólo superintendente general de los trabajos públicos, sino tambien su consejero y secretario particular. Eginardo se casó con una mujer, á quien Lupo de Ferrieres llama *nobilisima*, y su nombre era Ema. Una crónica posterior dice que era hija de Carlo-Magno, y de hecho Eginardo es calificado de yerno de este príncipe en los antiguos manuscritos, y en una de sus cartas al emperador Lotario le trata de sobrino. Pero como en su *Vida de Carlo-Magno*, al enumerar los nombres de los hijos ó hijas de este príncipe, no hace mencion alguna de Ema, la cosa parece dudosa para muchos críticos. Sea lo que quiera, Eginardo tuvo de Ema por lo ménos un hijo, llamado Vussin, que abrazó la vida monástica, como se ve por el consejo que le da su padre en una de sus cartas. Veremos al mismo Eginardo seguir más tarde el ejemplo de su hijo. Sus principales escritos son: 1.º *Anales de los reyes de Francia*, Pipino, Carlo-Magno y Luis el Devoto, desde el año 741 al 829. 2.º *Vida de Carlo-Magno*, dividida en dos partes: la primera comprende la historia de las guerras de este príncipe, y la segunda su vida interior en medio de su corte y de su familia. Dice, entre otras cosas, que despues de la muerte de la reina Luzgarda en 800, Carlo-Magno tuvo cuatro concubinas, ó sólo tres segun la edicion de Pertz, sin duda sucesivas. Además, llamábanse antiguamente concubinas á las esposas legítimas en verdad, pero en cuyo matrimonio faltaba algun requisito civil, lo que impedia el que se las tituláran reinas (2).

(1) Acta Bened., sec. 4, parte 1.

(2) Cellier., t. XVIII.